

El YO de la escuela hegeliana

Comenzamos a emborronar estas cuartillas con algo que quiere parecerse a miedo, y casi estamos por asegurar que tenemos el corazón más pequeño que una avellana, por el temor que nos sobrecoge y acoquina. ¡Y no es para menos la cosa! Los salios de "The Independent" háñse, por fin, decidido a salir de la "madriguera", y con la vara de la "ciencia" en la mano, se presentan decididos a todo, menos a discutir razonablemente, cosa que jamás entró en su plan de campaña periodística. Es más fácil "copiar" lo que diga un cualquier L. W. W. o un Perico de los Palotes o un Juan Lanas, que todos son, para el caso, lo mismo.

Añádase a lo dicho, el furor filosófico que de un tiempo a esta parte se ha despertado entre los jóvenes "riseños"; y se comprenderá que el miedo haya hecho presa con sus dientes en nuestro pobre y desmedrado corazón, pues de temer es que con tantos contrarios salgamos malparados en la contienda.

Los escritos de Strauss, de que hablábamos en nuestros artículos anteriores, provocaron en Alemania una verdadera revolución doctrinal y dieron pié a los filósofos de la izquierda hegeliana para un desbordamiento científico—llamémosle así—que se tradujo en la publicación de una serie de libros sobre religión, que aun hoy, y después de habernos casi acostumbrado a las blasfemias con que a diario nos regalan los pseudo-científicos, llenan el alma de pena y el corazón de horror.

En el seno del protestantismo germánico, que fué siempre el más doctrinal de los protestantismos, habíase desarrollado, desde el tiempo de Kant y Fichte, una tendencia filosófica religiosa, que, poniendo como base del desenvolvimiento religioso las teorías de Hegel sobre el egoísmo, tenía como finalidad última la negación de cuanto significase relaciones humanas con algo suprasensible y suprahumano. Comenzando por el *subjetivismo criticista de Kant*, conviértese pronto en el "absolutum" de Schelling y viene a dar con sus huesos en el *YO absoluto de Hegel*, quien, por una serie de ratiocinios de difícil intelección, pretende coordinar el *yo con el no yo*, para obtener como resultado final el *YO NO YO*, que se va desarrollando y desenvolviendo mediante las tres conocidas fases hegelianas, para dar, como último resultado, la proclamación de la conciencia individual por norma de la vida y de las acciones. Perdonemos el lector este "trozo" de filosofías, pues es de necesidad para nuestro estudio.

Aplicada esta teoría hegeliana a los estudios bíblicos debía dar pronto sus frutos, que no habían de ser otros que la negación rotunda y categórica de cuanto significase un elemento divino y suprasensible. De este modo, el intelectualismo alemán venía en último término a darse la mano con el materialismo de Locke y Condillac.

Esa tendencia filosófica—que, aun a trueque de ser oscuros hemos querido condensar en unas cuantas líneas, cuando para su recta exposición serían necesarios muchos volúmenes—tomó ocasión de los libros de Strauss para dar rienda suelta a las blasfemias más atroces y que más en lo vivo herían el sentimiento religioso del pueblo germano; produjese un verdadero desbordamiento de racionalismo doctrinal y se dió a la estampa una serie de libros en los que del modo más franco y más claro se atacó a Cristo y a la religión por Él fundada. Aprendan quienes pretenden la emancipación filosófica y racional y quieren no obstante permanecer fieles a su fe!

No es nuestro ánimo por el momento buscar los troqueles filosófico doctrinales en que se ha formado la intelectualidad incrédula de nuestros días, aun la filipina, que es de las menos intelectuales—y que nos perdona la franqueza—; solo si nos permitiremos decir que, para nosotros, el período racionalista que estamos estudiando tuvo un influjo decisivo en esa formación. ¡Cuántos de nuestros se-dicentes intelectuales, que por cátedras, periódicos y revistas andan galleando y haciendo alarde de su incredulidad, que ellos se imaginan altamente científica, no son más que pobres víctimas de la corriente racionalista incubada en los libros que nos ocupan!

Viniendo a esos libros racionalistas notaremos sólo unos pocos, por mor de la brevedad, que hoy nos es tan recomendada y tan necesaria.

Merece figurar en primer término un poeta, malo como poeta y peor como religioso, el prusiano Federico Sallet, quien publicó en Leipzig un poema, tan malo como irreligioso, y en el que, parodiando el Evangelio, habla blasfemamente del hombre hecho Dios, contraponiéndolo al Dios hecho hombre de que nos habla la Sagrada Escritura. Digno de figurar al lado de Sallet, es Bruno Bauer, discípulo de Strauss, pero que se desató en insultos contra su propio maestro, y le echó en cara el no haber tenido el valor suficiente de llevar sus principios hasta las últimas consecuencias, careciendo del arrojo necesario para acometer de frente a los mismos evangelistas. Para Bauer es un absurdo sostener con su maestro, que fuera el pueblo cristiano el que creó la personalidad divina de Jesús. La comunidad cristiana, dice él, es un ser místico, vago, impalpable, y por lo tanto no puede ser quien creó los mitos evangélicos; tal invención debe ser obra de los mismos evangelistas, quienes para ello se sirvieron, como de materiales aptísimos, de las concepciones mesiánicas del pueblo judío, del cual procedían y en cuyas tradiciones estaban amantados y empapados, y en las ideas apocalípticas de los antiguos profetas y de la gnosis judía. ¡Y el que con tales afirmaciones, que el autor deja sin demostrar, no se consuele, es porque no quiere! ¡Verdaderamente que son admirables estos escritores racionalistas! ¡Y pensar que entre nuestros hombres de letras hay quienes se traigan, como el agua, tales afirmaciones, sin detenerse ni un momento en ponerlas en el orisol de un criticismo justo y razonable! ¡Y ver como en las columnas y páginas de algunos de nuestros diarios y revistas se abusa de la candidez del pueblo para irle inculcando poco a poco, y por medio de una literatura más o menos soporífera, todos esos engendros monstruosos, que no tienen ni la más mínima ración de mentalidad seria y razonadora! ¡Mas, prosigamos y dejémonos de reflexiones!

Pero, quien más lejos llevó las teorías hegelianas dentro del campo de la Biblia y de la religión fué Furbach, quien en su libro "Esencia del Cristianismo" nos asegura, con toda la seriedad que en tales cuestiones suelen usar los científicos alemanes, que "la doctrina de Hegel es el Antiguo Testamento de la filosofía, siendo la suya el Evangelio".

El fundamento básico de ese Evangelio está tomado del Testamento Antiguo, la filosofía de Hegel, y puede condensarse en estas frases, que tomamos del libro antecitado: "Es preciso romper cuanto antes y para siempre con la raza hipócrita de los teólogos; es menester que a marchas forzadas abandonemos el concepto cristiano del Estado; no debemos preocuparnos para nada de aquello que no tiene ser, es decir, que no tiene cuerpo!" ¡Quien

adivinar en tales afirmaciones al sucesor en línea recta de aquellos apóstatas, que ponían como base de todo su credo y de toda su fe la Biblia, como libro divinamente inspirado! Y sin embargo; los racionalistas liberales de ayer, como los de hoy, son los herederos legítimos de Lutero y Calvino, y no se han apartado ni un ápice del camino que aquellos les tramarón. Ya los apologistas cristianos del siglo XVI habían previsto estas consecuencias tan absurdas y anticristianas y antirreligiosas y no se les hizo caso. Justo es que hoy paguemos las consecuencias. Lo malo en que aun hay quienes se aferran a sus negaciones.

Según su comentarista Max Stirner, el substratum del sistema religioso de Feurbach puede condensarse en esta fórmula, que habla muy alto en pro del valor social y religioso de tales teorías racionalistas: *"De todos los hombres, aquel que mejor conozco y que más quisiera SOY*

YO. EL YO ES TODO MI CATECISMO, Y HAGO TODO LO QUE QUIERO Y ME AGRADA."

Más impío aun que Feurbach, Arnold Ruge pretende demostrar, en una de sus obras, que el cristianismo no tiene base real histórica, no siendo más que una segunda edición del budhismo indio, perfeccionado por la mentalidad poderosa de algunos de los judíos de la dispersión. Cristo, para él, no es un ser real, no es ni más ni menos que una figura de la lucha. Abarraciones que, en forma más o menos disimulada, hemos encontrado en repetidas ocasiones en publicaciones locales, sin que se hayan dado cuenta de ellas quizá ni los mismos que las escribían, a causa de haberlas ingerido inconscientemente de obras alemanas, tan en boga hoy día, especialmente tratándose de asuntos ajenos a la Filosofía.

FILADELFO.

LIMADURAS

—Ese aire de indiscutibilidad, respecto de las normas eclesiásticas, me parece poco conforme con la naturaleza del asenso que debemos prestar a los dogmas de la fe y a los cánones de la moral. La Iglesia quiere que nuestro asentimiento sea racional y, bien sabido es que la razón sólo a la evidencia ontológica, supremo criterio de verdad, debe entregarse. En las normas de que hemos hecho mención anteriormente, hay muchos puntos rodeados de obscuridad. El Congreso no podrá nunca imponerlas a los católicos, sin previa discusión que aquilate definitivamente los méritos que las asisten para recabar de nosotros una entrega plena y una obediencia sin subterfugios.

—Sería absurdo el pretender discutir las decisiones de la Iglesia con el propósito de investigar si están fundadas en bases racionales o carecen de solidez. La Iglesia es autoridad suprema e infalible, siempre que se trata de regular la conducta de los católicos. Pero nos es perfectamente lícito el empeñarnos en una discusión, inteligente y seria, encaminada a producir en nuestras almas aquel conocimiento claro y definido que la racionalidad de la obediencia cristiana reclama como postulado previo a toda adhesión sobrenatural.

—Toda discusión va acompañada o precedida de las sombras de la duda. De la autoridad de la Iglesia, no es posible dudar sin grave ofensa de institución tan soberana.

—La duda puede recaer sobre la misma autoridad de la Iglesia o sobre el sentido que hemos de dar a sus palabras. Esta puede

ser racional; aquella nunca es cristiana.

—Las normas eclesiásticas sobre la educación religiosa de la juventud, consideradas en su enunciado formal, son claras y precisas; pero, analizadas en todas sus relaciones, dan margen a dudas que precisaría disipar. Debemos esforzarnos por crear en Filipinas una inteligencia cabal, en cuanto ello sea posible, de la doctrina católica. La ignorancia es el peor enemigo del catolicismo.

—Es un anhelo legítimo. Nuestra piedad ha de ser ilustrada, con aquella ilustración, fruto de sólida y amplia cultura.

—Y, sin embargo, no deja de ser un obstáculo el empezar por establecer como principio, que la Iglesia es la única autoridad docente del mundo. El enseñar es propio de quienes son maestros, y no hemos de caer en la simpleza de monopolizar el magisterio de esa forma tan radical y exclusivista.

—Hay dos clases de maestros, insistiendo en el aspecto que has dado al asunto. Maestros que proponen la verdad y manifiestan sus encantos a la inteligencia del discípulo, dejándola en plena libertad de asentir a ella o de negarla, y maestros que intiman sus enseñanzas de una manera dogmática e infalible, obligando a sus discípulos a profesar la doctrina, autoritariamente propuesta. De la primera clase, existen muchos maestros en el mundo; pero sólo la Iglesia católica tiene el poder jurídico de enseñar a los hombres determinadas verdades, recabando al mismo tiempo de ellos un asenso completo, since-

ro e incondicional.

—Entre las atribuciones del Estado parece que debiera contarse la facultad docente en algún sentido más elevado y comprensivo que el correspondiente a cualquier profesor, técnicamente preparado.

—Las atribuciones del Estado se derivan naturalmente del fin a que este organismo se ordena. Un examen superficial nos demostraría con toda claridad que el Estado no necesita la función docente, en el sentido arriba indicado, ya que tiene como objeto propio y específico el orden externo, la tutela de los derechos, en una palabra, la paz y tranquilidad públicas. Por el contrario, la Iglesia se ordena con preferencia al interior del hombre, a la rectitud de las creencias, la caridad divina y la santificación de las almas. Si se preocupa de la parte externa, es porque sabe muy bien que lo exterior sirve grandemente de medio y de ayuda para mantener y fomentar el orden interior de la santidad de la vida cristiana. Los miembros de la Iglesia son hombres; no son ángeles. Por otra parte, el gobierno de la Iglesia considera al hombre tal como ha sido elevado por Dios al orden sobrenatural de la gracia. Por consiguiente, lo primero que la Iglesia debe enseñar a sus subordinados es el conocimiento de este orden, principalmente, desde el punto de vista de su último fin y de los medios necesarios para conseguirle. Conocimiento que no puede ser fruto del natural desarrollo de la inteligencia, sino que ha de provenir de la revelación divina, a la cual asentimos mediante la virtud de la fe. Para ello está la Iglesia